

VI.

LA PESTE

¡Oh! terrífico azote
De la mano divina; ¡oh! espantoso
Castigo celestial, que por el suelo
Se derrama á las veces, pavoroso,
Seguido de lamentos y de duelo!
Oh! peste asoladora, soplo impío
Del Antro, que del mundo entre congojas,
Barre existencias, como secas hojas
Arrastra del invierno el soplo frío!
Es el Asia su cuna, de allá viene,
Ígnoto origen tiene
A la orilla de ríos consagrados;
Sombroso peregrino
Que va dejando en su fatal camino
Incontables cadáveres regados.

UN HEROE

¡Destino singular, arcana suerte
Del Este, patria de la luz ufana,
Que ha sido y es para la especie humana
Cuna de vida y manantial de muerte!

La ciudad está lúgubre. Parece
Más que ciudad, necrópolis sombría.
¡Parece que un ejército la asedia!
Vese sobre ella proyectarse impía
La sombra pavorosa
De una inmensa tragedia.
Es un pueblo que gime
Entre los rudos, invisibles brazos
De un aéreo gigante que le oprime,
Haciendo con fragor saltar los lazos
Que á la vida le ligan. Es tremenda
Hecatombe sin tregua; sacrificio
De innumerables víctimas humanas
En las aras de un dios ignoto y fiero!
El afán homicida
De las parcas insanas,
Ocultas en la atmósfera impalpable,
Contra la humana vida,
No paraba un intervalo, incansable
En su faena horrible!

El verdugo invisible
Cual fiera hambrienta sin cesar hería:
A la fulgente claridad del día,
O entre las sombras de la noche oscura;

En el recinto del hogar bendito,
O en la pública plaza.

Inmenso grito

De infinita pavora
Sonaba por do quier.

La madre amante,

Tras desvelos prolijos,
Miraba alzarse al cielo rutilante
En ángeles trocados á sus hijos.
El infeliz esposo enamorado
Morir miraba á la mujer querida,
Sin conseguir sobre su labio helado,
Tener un punto el soplo de la vida.
La doncella sin par, de encanto puro,
Que despertaba al mundo y los amores,
Coronada de flores
Bajaba de la fosa al antro obscuro.
¡De cuántos soñadores corazones
Paz y dicha llevábase con ella,
Pareciendo haber sido sólo bella
Para creación y muerte de ilusiones!
Los niños inocentes, adorados
Por sus padres solícitos y tiernos,
De improviso quedaban entregados
A la orfandad y al desamparo eternos.
El amor, y la paz, y la ventura
Morían sorprendidos,
En el santuario del hogar heridos,
Dejando en pos de sí luto y tristura.
El sol en limpio cielo relucía
Cual cruel ironía,
Mientras en el dormido traidor viento,

No cesaba de oirse ni un momento
El toque funeral de la agonía.
Súbito la sonrisa se apagaba,
El cántico en lamento se trocaba,
Y del placer la copa apetecida,
Al llegar á la boca, con la vida,
De los inertes labios se escapaba.
Se dejaba al amigo ó al amante,
Y al buscarle después, tras breve instante,
Se encontraba un difunto;
Y el tálamo nupcial, de amor santuario,
En brevísimo punto
Se convertía en lecho funerario.

Extraño movimiento se advertía
En la mansión siniestra de la muerte!
Sin tregua noche y día,
Sobre los hombros de piadosos deudos,
O en vehículos toscos hacinadas,
Las víctimas llegaban ya sin vida,
Llevando retratadas
En sus facciones lívidas y mustias,
De su violenta muerte las angustias.
No paraba un instante la piqueta!
Unas de otras al lado
Cavábanse incontables sepulturas;
Y en el inmenso afán precipitado
De enterrar tantos muertos,
Quedaban los cadáveres cubiertos
Por escasas, levisimas paladas
De insuficiente arena;
Mirándose asomadas

Sobre la superficie de las fosas,
Manos enflaquecidas,
Cabelleras revueltas y terrosas,
Faces descoloridas
Y plantas que en la atmósfera impalpable
Alza las, proseguir asemejaban
Una marcha ideal interminable.

¡A cuántos infelices
El carro funeral, en donde juntos
Iban amontonados los difuntos,
Condujo hasta el sombrío camposanto,
Confundido el letargo con la muerte!
Cuando despavoridos despertaban,
Al verse entre los muertos confundidos,
Iban rompiendo en ayes y gemidos!
¡Cuántas veces cruel sepulturero,
Sin escuchar la queja lastimosa
De esos desventurados aún con vida.
Con mano criminal y fratricida
Los sepultaba en la temida fosa!

La ciudad populosa
Con tan duros rigores castigada,
Mirábase sin tregua abandonada
Por sus amedrentados moradores,
Que iban buscando lejos de sus lares.
Remedio al riesgo y paz á sus terrores.
Los ricos ocupaban presurosos
Sus quintas en las fértiles campañas,
Y los pobres alzaban sus cabañas
En los desiertos valles anchurosos.

Con afán se ganaban las alturas
Por respirar atmósferas más puras,
Y todos procuraban alejarse
De la ciudad amada, presa ahora
De peste asoladora;
Como el patriarca Lot, en noche umbría,
Salió lleno de duelo,
De su ciudad sobre la cual llovía
El fuego de la cólera del cielo.

Pero no así del pánico espantoso
Dominar los cartujos se dejaban!
Su espíritu sereno, recto, fuerte,
No temía las penas ni la muerte.
Antes bien, encontrando coyuntura
Para mostrar su amor á los mortales,
Bajaron presurosos de la altura
Do moraban exentos de cuidado,
Y en la ciudad entraron, do tremendo
Sentaba el exterminio su reinado:
Como el guerrero en cuyo pecho late
Hidalgo corazón, vuela al combate
Al oír de la guerra el bronco estruendo!

Y volaban do quier un desdichado
Por el cruel azote era alcanzado,
Pródigos admirables de su vida!

Cuando los apestados contemplaban
Con mirada de susto y afligida,
Que todos de su lado se alejaban,
Aun los seres de su alma más queridos,

Cerca de ellos hallaban á los monjes,
Solícitos velando junto al lecho,
Mitigando las penas que sufrían,
Y dando paz á su angustiado pecho.
Aquellos héroes del amor cristiano,
Por igual todo albergue recorrían,
Desde el palacio do el orgullo humano
Desplegaba su inútil refulgencia,
Hasta el pobre aposento do el mendigo
Sin pan y sin abrigo,
Perdía en lo ignorado la existencia.

Para ellos, ministros del Dios Hombre,
Todos eran iguales;
Pobres y ricos, todos los mortales,
Para su alma tenían sólo un nombre:
El nombre dulce y plácido de hermanos!

En la lid sucumbía
Uno tras otro, y el heroico grupo
Se estrechaba sin tregua y reducía!
Mas no por eso aquellos combatientes
Desertaban del campo de la gloria,
Como el guerrero que en la brecha aguarda
De una muerte esforzada la victoria!

Y el Crucifijo sacrosanto, tibio
Aún por el calor del muerto hermano,
Lo recogían de la yerta mano
Con celo fervoroso,
Y seguían la trágica contienda,
Encaminando el paso presuroso,

A donde era la lucha más tremenda!
Suele en el campo así del fiero Marte,
Pasar de mano en mano el estandarte
Según que los soldados van muriendo,
Y verse siempre al frente de las huestes;
Gloriosa enseña en cuyo torno anhelan
Todos luchar con sin igual denuedo,
Prefiriendo morir de ella abrazados,
A abandonarla con indigno miedo!

Ah! que no es esto nuevo en los anales
Del Cristianismo excelso! Siempre ha sido
Amor su credo, abnegación su vida,
Desde el día que en el Gólgota el Ungido
Con su sangre selló en la Cruz sublime,
Su religión augusta, que redime
A costa de suplicio.
Entonces comenzó del sacrificio
La epopeya asombrosa
Que ofusca el esplendor del mundo viejo,
Cuya luz engañosa
Era el barniz tan sólo del delito,
La virtud de Lucrecia, Mucio y Bruto,
Que de ferocidad merece el nombre,
De la barbarie fué el amargo fruto,
Espantosa y estéril para el hombre!

Cuando llega la hora pavorosa
De pagar el tributo inevitable
A la naturaleza, miserable
Todo humano poder se torna y mira:
Es inútil la espada victoriosa,

Calla la adulación, amontonado
 Queda en el arca el oro codiciado;
 Abandonado el cetro, el rey espira
 Entre aparatos vanos,
 Viendo que son, cuando la muerte llega,
 Inútiles poder y cortesanos.
 Y hasta el amor, el mismo amor ardiente
 Que hace tantos prodigios en el mundo,
 Junto al lecho del triste moribundo
 Se desespera y llora inútilmente!

En ese augusto y crítico momento,
 Cuando pierde el mundano poderío
 Su prestigio y aliento;
 Cuando toda grandeza se convierte
 En humo y en vacío
 Ante el poder de la invencible muerte;
 Grandes y majestuosos,
 Se miran esos hombres olvidados,
 Que adiós dijeron para siempre al mundo:
 Los apóstoles mansos que mirados
 Son en la vida con desdén profundo!
 El sábio que ha estudiado los secretos
 De la vida, confiébase impotente,
 Y no hay elixir ni preciosa planta
 Que evite la catástrofe. Se siente
 Un abandono lúgubre, que espanta
 En derredor del lecho del que espira.

Entonces se levanta
 Donde nomás desolación se mira,
 Una bella figura:

La del santo ministro de la altura!
 El triste moribundo,
 Bajo su caridad y su cuidado,
 Torna á sentirse amado,
 Y no se mira ya solo en el mundo.
 Y renace en su espíritu la calma,
 Y lleno de esperanza en lo futuro,
 Siente anegada el alma
 En la infinita aspiración del cielo
 A donde se alza con tranquilo vuelo!

EL MORIBUNDO

Era la medía noche.
 De la ciudad cañaban los ruidos;
 Tan sólo se escuchaban
 De los canes hambrientos los aullidos,
 Que présagos de muerte parecían,
 Pues según cuenta el vulgo, anuncian ellos
 Cuando suenan, la muerte á los humanos.
 Y en tristísima estancia, á los destellos
 De vacilante luz, se debatía
 En el revuelto lecho,
 Un hombre que moría
 Con estertor que le angustiaba el pecho
 Y terror y piedad á un tiempo daba.
 Amarillo el semblante,
 La mirada cual vidrio opaco y turbio.
 La nariz anhelante,

Espumosa la boca y contraída,
 Mirábase que estaba el moribundo,
 Ligado sólo al mundo
 Por el dolor postrero de la vida.
 La peste horrible hábale alcanzado
 Con su azote espantoso,
 Y sin piedad hábale cebado
 En su robusto cuerpo. Algunas horas
 De dolencia cruel, fueron bastantes
 A destruir cual llamas devorantes,
 De sus miembros la fuerza y lozanía.
 Y era su cara lívida y huesosa,
 Do giraban los ojos espantados,
 Sinistra y pavorosa
 Cual de un ángel caído. Pestilentes
 Efluvios de su cuerpo se exhalaban,
 Y todos de su lado se apartaban
 Con asco y con horror. El desdichado
 Miraba en derredor con pena horrible
 Clamando:

—No es posible
 Que de todos perezca abandonado!
 ¡Socorro! que me muero,
 Soy criminal y quiero
 Obtener mi perdón!

Pero entretanto
 Sus fuerzas se acababan, y el espanto
 Su fin apresuraba.
 Rechinaban sus dientes; el cabello
 En su lívida frente se erizaba;

Doloroso gemido
 Brotaba de su lábio contraído;
 Sudor glacial unábase la cara;
 Y su escuálida mano temblorosa,
 En el vacío se agitaba ansiosa,
 Cual si invisible amparo en él buscara.
 Los pocos circunstantes
 Que con ojo medroso
 De léjos le miraban,
 Más y más de su lado se alejaban.

Y era en verdad el cuadro pavoroso!

Súbite, en la penumbra, y en el seno,
 De ese cuadro de muerte y horror lleno;
 De en medio de aquel centro indescriptible
 De abandono terrible,
 De desesperación y de agonía,
 Se alzó una voz serena y amorosa,
 Que murmuró piadosa:

—¡Hermano, ave María!

Y de un cartujo, por la estancia umbría
 Luego avanzar se vió la forma austera,
 Que lenta al caminar, sonar hacía
 De la fúnebre sala en el silencio,
 Las humildes sandalias de madera.

Cual suele el caminante extraviado
 Regocijarse al vislumbrar de léjos

Los rojizos reflejos
 De la luz de un hogar; como en los mares
 El náufrago se entrega á la esperanza,
 Al mirar la silueta
 De nave salvadora en lontananza:
 No de otro modo el triste moribundo,
 Al oír ese acento cariñoso,
 El consuelo sirtió que descendía
 Al corazón opreso, y afanoso
 Tornó la vista lleno de alegría
 Al ministro de Dios, que hasta su lado,
 Sin repugnancia, sin horror, sin susto,
 Llegó á brindarle fraternal cuidado,
 Radiante de piedad, heróico, augusto.

Mas al llegar el fraile junto al lecho,
 Y al ver al desdichado que espiraba,
 El asombro pintóse en su semblante;
 Pareció que dudaba,
 Pasó la mano por su tersa frente,
 Y como aquel que forma al pensamiento
 Un eco semejante á una pregunta,
 Dijo ansioso:

—¡Conrado!

Al escuchar su voz el moribundo,
 Miró al fraile con ojos azorados,
 Elevó la cabeza, y un profundo
 Terror se retrató en sus ojos luego;
 Y con la voz de quien espectros mira,

Su boca sin color murmuró:

—¡Diego!

Después, alzando con trabajo el busto
Apoyado en las manos, que temblando
Sobre los blancos lienzos se crispaban,
Con acento robusto,
Do sus postreras fuerzas se exhalaban,
Clamó:

—Fantasma horrible ¿qué pretendes
En esta hora ímpia?
¿Vienes á recrearte en mi agonía?
¿Vienes á anticipar tú mi castigo?
Te miro, de mis penas con aumento,
Cual sombra de cruel remordimiento.
Tuve un tiempo un amigo
Que se llamaba Diego y tu semblante
Tuvo y tu mismo acento.
¿Por ventura erés tú? Fuera espantoso
Que el morir me tendiera esta asechanza,
A fin de que vinieras tu venganza,
A cobrar en el lecho de mi muerte.
Nada tienes que hacer, fraile, conmigo:
Fuí tu amigo traidor, y me aborreces!
Es justo, y puesto que eres mi enemigo,
El cielo ya te venga, estoy muriendo!
¿Qué más de mí apeteces?

Atónito escuchó Diego á Conrado,
Apénas comprendiendo sus palabras;
Mas viendo al desdichado

Que vida y fuerza sin cesar perdía,
Le dijo con voz dulce:

—Hermano mío,

A delirar te obliga la agonía.
Yo no soy tu enemigo, ni pretendo
Tomar de tí venganza; sólo ansío
Cual ministro de Dios, consuelo darte,
Derramando en tu alma
Esperanzas y calma.
Si es cierto que me hiciste alguna ofensa,
Desde ahora perdono tu delito:
¡También para mis yerros necesito
Misericordia inmensa!

Y siguió hablando Diego
Con inspirada unción, y al escucharle,
Fué cayendo cual bálsamo el sosiego
En el alma angustiada de Conrado,
Hasta que al fin rendido, avasallado
Por aquella elocuencia bendecida,
Abrióle su conciencia, lagrimoso,
Y presentóle el cuadro vergonzoso
De todos los delitos de su vida.

LA CONFESIÓN

—Yo te menté amistad, yo te engañaba—
 Dijo á Diego, Conrado.—
 Cuando afecto de hermano te mostraba
 Al comenzar mi juventud. Odiosa
 Erame tu presencia, y contemplaba
 Con mirada envidiosa,
 Los espléndidos dones y favores
 Que te otorgó la mano del Eterno,
 Y los justos loores
 Que el mundo en derredor te tributaba;
 En mí causaban penas del infierno.
 Tú eras bueno, yo malo; yo era falso,
 Tú mostrabas á todos tu albedrío;
 Eras tu respetuoso, yo era impío;
 Tú me amabas, y yo te hubiera hecho

Con deleite infernal ir al cadalso!
 Como acecha á la oveja el lobo hambriento,
 Así yo, de tus lágrimas sediento,
 Hipócrita acechaba tu ventura.
 Tú adorabas á Marta; la doncella
 Te amaba á tí con celestial ternura:
 Esto bastó para que yo la amara,
 Pues aparte de ser como ángel bella,
 Puesto que ella te amaba, era preciso
 Lanzarte de ese bello paraíso.
 Por eso yo, alevoso,
 Calumnié su virtud y su pureza,
 Y te induje á creer que era culpable
 La vírgen más honesta y adorable,
 Que amorosa formó naturaleza.
 Amigo, necesito
 Decírtelo al morir: Marta era pura!
 De mi conciencia este supremo grito
 Resuena con espanto de la altura!

Mudo escuchaba el fraile y aterrado,
 Al respirar, gemía;
 Aquella confesión su pecho hería
 Como agudo puñal. Y tan profundo
 Era su gran dolor, que se diría
 Que le estaba matando el moribundo.

—No es esto todo—prosiguió Conrado
 Con voz desgarradora, cual gemido—
 Más adelante he ido
 En la senda del crimen. Confiado
 En mi palabra, que leal juzgaste,

A Marta abandonaste
 Sin tornar á mirarla, ni decirle
 La causa de tu rápida mudanza.
 Ella gimiendo te esperó, contando
 Las horas de tu ausencia. ¡La esperanza
 A abandonar negábase su pecho!
 Pero yo fomentaba sus rencores,
 Y al par que ponderaba tu falsía,
 Le pintaba con vívidos colores
 La inmensidad de la ternura mfa.
 Desventurado amor, afán de olvido,
 Despecho y sed ardiente de venganza,
 A mi trama infernal auxilio dieron,
 Hasta que al fin hicieron
 Que aquella dulce y cándida criatura,
 Delirante y en lárimas bañada,
 En mis brazos cayera;
 Y se tornara al fin mujer impura,
 La que para ser ángel fué creada.

Luego la abandoné . . . ¡Sólo quería
 Gozar su amor, y hacerte desgraciado!

Después . . . A mis oídos llegó un día,
 Que maldecida por su anciana madre
 Y con oprobio de su hogar lanzada,
 Anegóse en el vicio, en su despecho,
 Y arrepentida al fin, en pobre lecho,
 Murió en un hospital abandonada!

Así dijo, y calló Conrado luego. . . .
 En aquel sitio fúnebre, reinaba
 Un silencio siniestro, que espantaba.
 Semejaba que en torno, hasta el ambiente,
 Hasta el inerte mundo inanimado,
 Todo con estupor enmudecía!

Al través de la sombra, se veía
 En hora tan horrible,
 Agitarse al cartujo, como un hombre
 Que con mónstruo invisible
 Luchara en las tinieblas. Su semblante
 Era el de un reo en la tortura puesto;
 Su nariz sollozante
 Asfixiada se hinchaba con angustia;
 En las sombras erraba su mirada
 Como si su razón abandonada
 La rinda del pensar dejado hubiese;
 Su pecho se elevaba con violencia,
 Cual se agita la tierra vacilante
 De hórrido terremoto á la influencia.
 Una vez y otra vez alzó la mano
 Y los labios movió, de hablar en signo,
 Y otras tantas fué vano
 Todo su esfuerzo, pues su cuerpo frágil
 Se doblegaba al peso del tormento,
 Como caña azotada por el viento.

Volvió hácia atrás con invencible giro
 El gemebundo y raudó pensamiento,
 Y se acordó de M. rta,
 Su bella prometida,

La ilusión adorada de su vida!
 ¡Bella, y pura, y amante, y calumniada,
 Por él abandonada
 Sin oír su querella
 De la traición en las infames redes,
 Fué á apagar su aureola de doncella
 En lodazal inmundo,
 Cual desquiciada estrella!
 Con Marta ser feliz podido habría,
 Y, ¡qué vida de amor y de poesía
 Sido hubiera la suya de ella al lado!
 Los sueños de sus años juveniles
 Se hubieran realizado,
 ¡Sus ensueños queridos!
 Aquellos que llorar tanto le hicieron,
 Cuando engañado los juzgó perdidos!

Ahora, ante sus ojos
 Miraba al fiero autor de sus dolores,
 Al que su frente coronó de abrojos
 Y ese hombre era su amigo!

Para atacarle, se ocultó en la sombra,
 Nadie le vió, traidor nadie le nombra,
 Pero Dios se encargó de su castigo!
 Los ojos de la altura le miraron
 Y de él no se apartaron;
 Y entre la multitud, y de los días
 Al confuso través, el invisible
 Testigo le buscó, y con pena horrible
 Castigó su delito en el silencio.

De juez á falta y de cadalso vino
 A hacer justicia el Tribunal Divino!

Allí estaba el infame
 Tendido en mortal lecho,
 A punto de sentir dentro su pecho
 Del corazón el último latido.
 Y cargado de crimen y de oprobio,
 Y ante la fosa de terror transido,
 Tornaba á él los ojos con angustia,
 Demandando perdón su boca mustia!

¡Mas cómo perdonar tanta vileza!
 ¡Mas cómo perdonar perfidia tanta! . . .
 Sus lágrimas, su duelo, su tristeza,
 Su desdichado amor, ¿cumplida nunca
 Reparación tendrían? . . . ¿Y el malvado
 El alto cielo abierto encontraría? . . .
 ¿Y él mismo ante sus ojos le abría? . . .

¡Ah! de su pecho en el airado fondo,
 Donde sólo de Dios la vista alcanza,
 Elevábase un hondo
 Anhelo de terrífica venganza.
 Sus manos se crispaban, afanosas
 Por asir la garganta del culpable
 Cual garra de león, apresurando
 El fin de aquella vida miserable.
 Tempestad aulladora de pasiones
 En su pecho rugía,
 Y una voz se elevaba que decía:

—¡No le perdones, nó, no le perdones!
 El quiso tu existencia
 Convertir en infierno;
 No hagas de un condenado un escogido;
 ¡Déjale hundirse en el dolor eterno:
 Dios lo quiere, lo tiene merecido!

—¡Ya de la eternidad me envuelve el frío!
 ¡Ya se oscurecen mis pupilas! ¡Diego!
 ¡Perdóname, por Cristo te lo ruego,
 Perdóname, Dios mío!

Al oír ese acento doloroso
 Del triste moribundo,
 Como acento salido del profundo
 Seno de los sepulcros misterioso;
 El cartujo sombrío
 Sacudió la cabeza, cual saliendo
 De pesadilla horrible,
 Y aquella copa de dolor tremendo
 Bebiendo con esfuerzo indescriptible:

—En nombre de Dios—dijo,—con el alma
 Exenta de rencor, libre de encono,
 Hermano, te perdono:
 ¡Puedes morir en calma!

Luego tendió las temblorosas manos,
 Y dijo las palabras sacrosantas
 Que los ministros del Señor pronuncian
 Para limpiar de culpa á los humanos;

Fallo definitivo y misterioso
 Que, aunque dado en la tierra,
 A las almas culpables de los hombres
 La puerta de los cielos abre ó cierra.

¡Y quedó limpia el alma de Conrado!

Regocijo supremo
 El semblante bañó del moribundo,
 Y cual si sólo este perdón extremo
 Estuviese esperando el apestado
 Para salir del mundo,
 Cubrió su faz el velo de la tumba,
 Y augusto se tornó, trasfigurado!
 El cartujo inclinóse reverente
 Sobre su rostro lleno de agonía,
 Y sollozando, y con ternura pía,
 Un ósculo imprimió sobre su frente,

Al roce de sus labios, dulcemente
 Estremeciése de placer Conrado,
 Y algo dijo de místico sentido
 Que no pudo llegar hasta el oído,
 Moviendo débilmente el labio helado.

Después, con blanda calma,
 Envuelta en un suspiro, voló su alma
 Al abismo de amor del Increado

El héroe ignoto de grandeza pía,

Teniendo á Dios por único testigo,
De sí mismo por fin triunfa lo había,
Dando la dicha eterna á su enemigo!

Rompía en ese instante la mañana,
Y entrando alegre su primer destello
Por la abierta ventana,
A iluminar llegó aquel cuadro bello,
Campo de cruda lucha y de victoria,
Tabor de luz y gloria!
El muerto dulce calma retrataba
En sus facciones blancas y tranquilas,
Y sin gesto de pánico ó de duelo,
Semejaba, al través de sus pupilas,
Estar mirando el esplendor del cielo!
Mostraba el fraile, del diiunto al lado,
Orando arrodillado,
En su rostro, de un mártir la dolencia;
Empero en torno de su augusta frente,
El sereno placer de la conciencia
Brillaba como nimbo refulgente!

FIN

INDICE.

	PÁGS.
Mis versos	3
Voz de amor	5
Ultimo ruego	7
En unas bodas	9
Filosofía del amor	13
El año nuevo	15
La divina comedia	17
La vida	22
Noli me tangere	24
El ángel caído	28
El cosmos	31
El amor crónico	34
El bien y el mal	38
La altivez vencida	41
Veintiun años	42
Estoicos y epicúreos	45
El tiempo urge	47
Perdón	49
¡Llora, Irlanda!	53